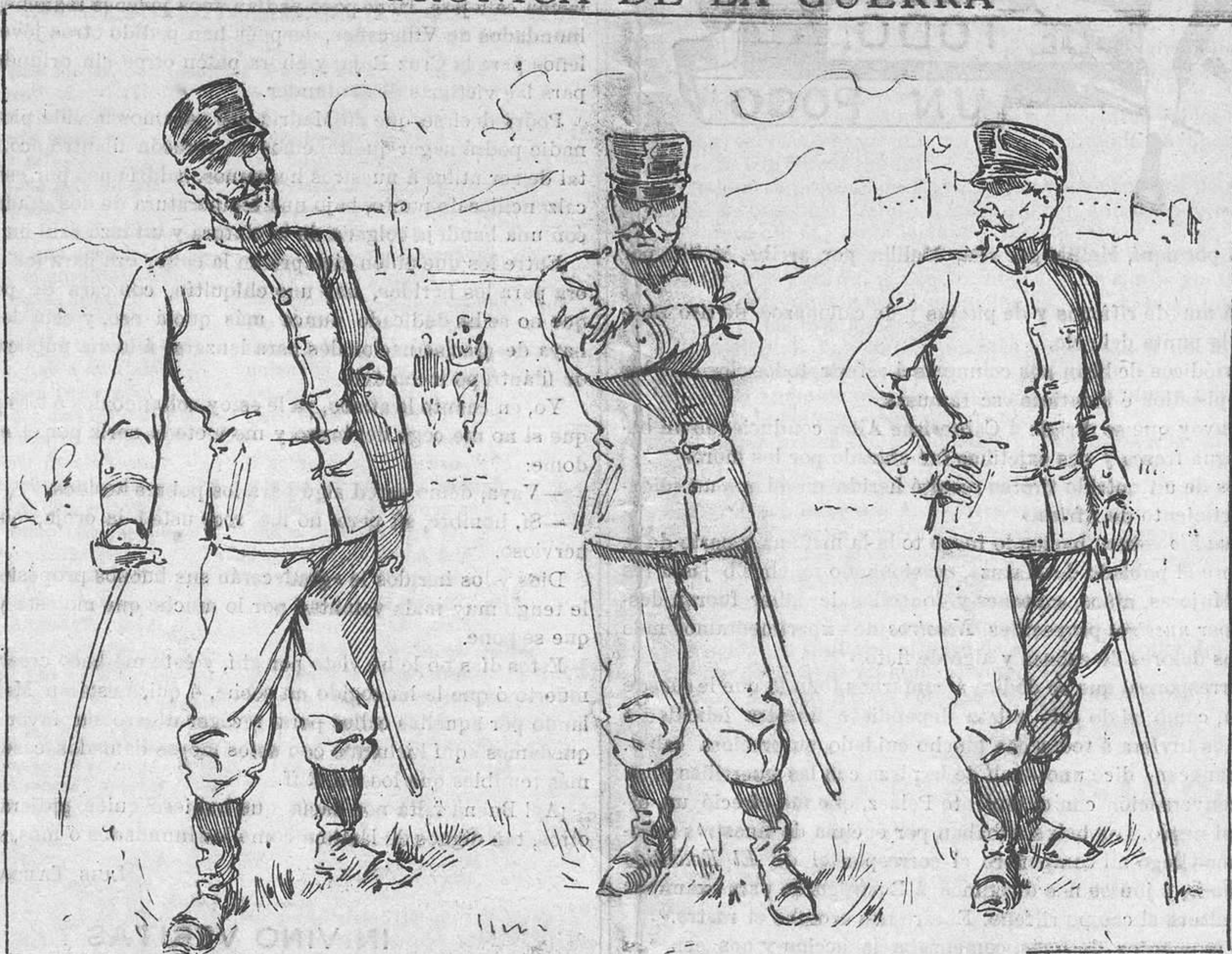


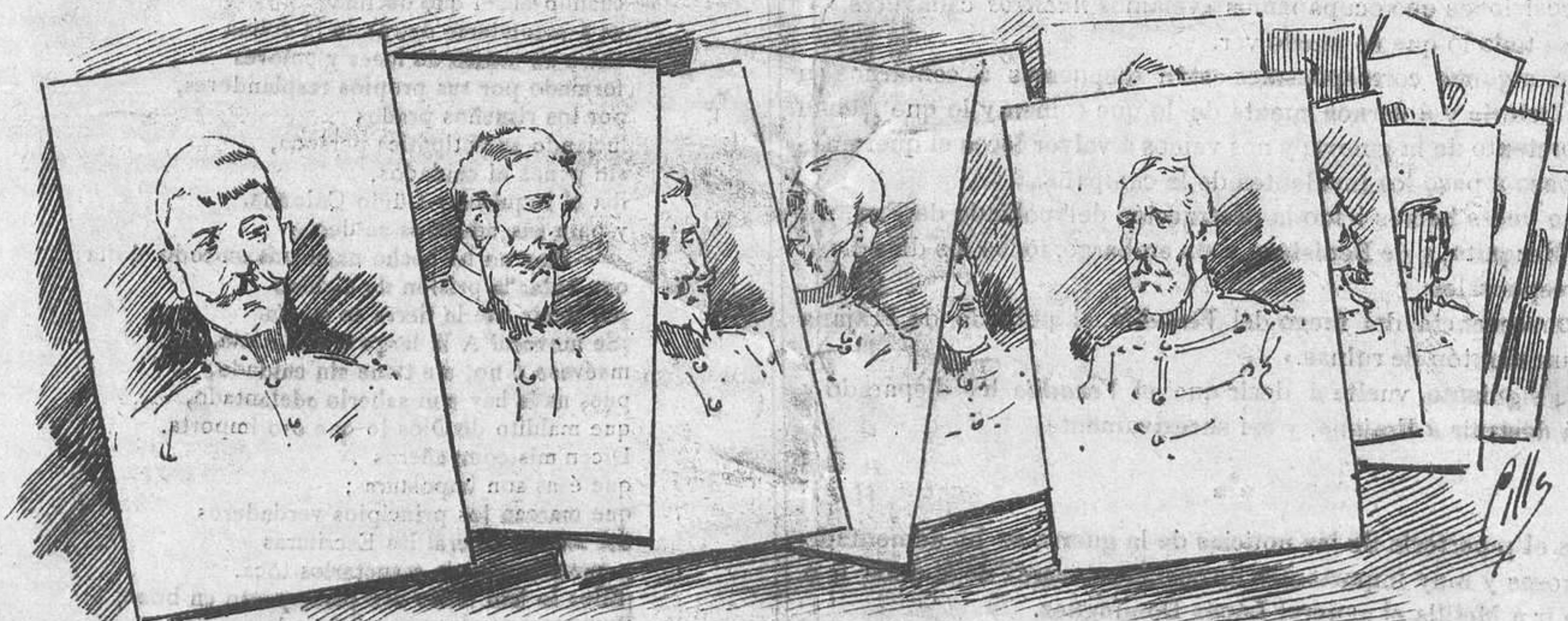
Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

CRÓNICA DE LA GUERRA



Oficiales que tomaron parte en la carga á la bayoneta del día tantos, según los partes.



Oficiales que se distinguieron notablemente por su temerario arrojo en la susodicha carga, según los retratos publicados hasta la fecha.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada. — In vino veritas, por José Estremera. — Mi planchadora y yo, por Juan Pérez Zúñiga. — La bayoneta, por Eduardo de Palacio. — La tierra y el diablo, por Ricardo J. Catinca. — El bombardeo, por Sinestio Delgado. — Todo ojos, por Ramón Caballero. — La familia, por Manuel Soriano. — Rapios, por Federico Canalejas. — Cosas de ellas, por Julio Romero Garmendia. — Chismes y cuentos. — Correspondencia particular. — Anuncios.

GRABADOS: Crónica de la guerra. — Lo de siempre. — Anuncios, por Cilla.



Melilla por aquí, Melilla por allá, Melilla por arriba, Melilla por abajo.

Ya está uno de riffenos y de piteras y de cañonazos, de tiro rápido hasta la punta del pelo.

Los periódicos dedican sus columnas a referir todos los días los mismos episodios é idénticas escaramuzas.

«Un convoy que se dirigía a Cabrerizas Altas conduciendo un botijo con agua fresca y dos cajetillas fué atacado por los moros.

Después de un nutrido tiroteo resultó herido en el ros un soldado del regimiento de África.»

«El *Venadito* estuvo haciendo fuego toda la mañana y parte de la noche sobre el poblado de Mazuza, ocasionando muchas bajas a los riffenos. Mujeres, niños, santones y doncellas de labor fueron destruidos por *nuestros* proyectiles. *Nosotros* no experimentamos más que ligeros dolores de cabeza y algo de flato.»

Hay corresponsal que se dedica a contarnos todo lo que le sucede en Melilla, como si de este relato dependiese nuestra felicidad ó como si nos tuviera á todos con mucho cuidado su preciosa salud.

«Al amanecer — dice uno — salí de la plaza con las guerrillas y estuve de conversación con el teniente Peláez, que me ofreció un pitillo Susini negro. Las balas silbaban por encima de nuestras cabezas. Después llegó mi compañero el corresponsal de *El Embutido de Candelario*, y juntos nos dirigimos á Rostrogordo para examinar desde la altura el campo riffeno. El aire nos azotaba el rostro.»

«Pocos momentos después, comenzaba la acción y nos echaron de allí, como es natural, pero no nos marchamos y estuvimos sentados en el suelo junto á una pitera, contando cuentos. Las balas seguían silbando y nosotros nada, tan valientes. Á unos dos mil metros de nosotros caían heridos *nuestros* valientes soldados y desde las posiciones que ocupábamos «veíamos *nuestros* cadáveres.»

Que es todo lo que se puede ver.

En fin, algunos corresponsales están dispuestos á contarnos su propia historia y á darnos cuenta de lo que comen y lo que beben con el pretexto de la guerra; y nos vamos á volver locos si queremos seguir paso á paso los incidentes de la campaña.

Veinte veces hemos leído la destrucción del poblado de Frajana, y de la Mezquita, y de Benisicar, y sin embargo, todos los días dicen los corresponsales:

«Á consecuencia del fuego del *Venadito*, el poblado de Frajana es hoy un montón de ruinas.»

Al día siguiente, vuelta á decir que el *Venadito* ha disparado y vuelto á destruir á Frajana, y así sucesivamente.

Ahora el repertorio de las noticias de la guerra se ha aumentado con sabrosas y muy importantes discusiones acerca de si debe ir ó no debe ir á Melilla el general López Domínguez.

Unos dicen que sí, otros que no, y otro que «qué sé yo.»

—Pues si él va, la victoria es segura — dice uno.

—Quien debe ir es Martínez Campos — replica otro.

—Ó Concha — añade un tercero.

—¿Qué Concha? ¿La tiple de Eslava?

—No, hombre, no, el general Concha.

—El que debe ir es Talegón, un general que estuvo en mi pueblo en la época de la matanza. Aquel sí que es hombre de genio. Á todos los asistentes que tenía les daba patadas en el vientre por la cosa más insignificante. Lo primero que necesita un general es tener genio.

—Justo; y calzado.

Yo pido al cielo encarecidamente que se acabe lo de Melilla cuanto antes, para ver si cambiamos de lectura y distraemos el ánimo, de otro modo, concluiremos por morir de una indigestión de telegramas urgentes... que llegan con cuarenta y ocho horas de retraso y siempre dicen lo mismo.

Lo que tiene, cada día más encantos por su variedad es la postulación callejera. Hace poco pedían unos jóvenes manchegos para los inundados de Villacañas, después han pedido otros jóvenes madrileños para la Cruz Roja, y ahora piden otros sin oriundez conocida para las víctimas de Santander.

Podrá decirse que en Madrid nos pasamos la vida pidiendo; pero nadie podrá negar que tenemos un corazón filantrópico, y que con tal de ser útiles á nuestros hermanos, saldriamos por esas calles en calzoncillos de punto, bajo una temperatura de dos grados y medio, con una bandeja colgada de la cintura y un lazo azul en el hombro.

Entre los que piden siempre en la calle, ora para los inundados, ora para los heridos, hay uno chiquitín, con cara de perro inglés, que no se ha dedicado nunca más que á eso, y está deseando que haya de gracias nacionales, para lanzarse á la vía pública en calidad de filántropo locomóvil.

Yo, en cuanto le atisbo, ya le estoy soltando dos ó tres perros, porque si no me coge del brazo y me mete la nariz por el oído, diciéndome:

—Vaya, deme usted algo para los pobres heridos.

—Sí, hombre, sí; pero no me roce usted la oreja, que soy muy nervioso.

Dios y los heridos le agradecerán sus buenos propósitos; pero yo le tengo muy mala voluntad por lo mucho que molesta y lo pesado que se pone.

Estos días no le he visto por ahí, y esto me hace creer que se ha muerto ó que le ha cogido un coche, ó quizá esté en Melilla postulando por aquellas calles para recoger dinero en favor de los que quedamos aquí luchando con estos moros llamados caseros, mucho más temibles que los del Riff.

¡Ay! Buena falta nos hacía que hubiese quien pidiera para nosotros, tan dignos de lástima como los inundados ó más, si cabe.

LUIS TABOADA.

IN VINO VERITAS

Tranquilo, satisfecho, alegre y horro,
barriga en ristre y manos á la espalda,
derribado á la creja el negro gorro
y arrastrando del hábito la falda,
cuando el sol que declina
va á esconderse detrás de la colina
entre un manto de luces y colores
formado por sus propios resplandores,
por los risueños prados
luciendo su antipática persona,
sin penas ni cuidados,
iba el inquisidor Guido Colonna,
y para sus adentros se decía:

—Hoy no he hecho nada más en todo el día
que votar la prisión de Galileo
por decir que la tierra se movía.
¿Se moverá? A la larga ó á la corta,
muévase ó no, me tiene sin cuidado,
pues nada hay con saberlo adelantado,
que maldito de Dios lo que eso importa.
Dicen mis compañeros
que ésas son imposturas;
que marcan los principios verdaderos
del mundo sideral las Escrituras
y que á la ciencia respetarlos toca.
Ellos lo han dicho así, pues punto en boca.
Pero yo no me canso ni desvelo
pensando en el mentir de las estrellas.
¿Se están quietas? ¿se mueven? ¡Allá ellas!
A mí me es todo igual, gracias al cielo.

No seré yo quien lidie
con problemas científicos. Por eso
Galileo está preso.
¿Quién le mandó pensar? ¿Que se fastidie!
Detúvose un instante muy gozoso
en una *trattoria*
que es fama que tenía
cierto vinillo de Asti delicioso,
donde pasaba ratos celestiales
sin pensar para nada en teología
ni en mundos siderales.
Y al salir, un tantico trastornado,
decía para sí:—¡Yo desvarío
ó el mundo se ha cambiado,
puesto que todo gira en torno mío.
Ahora claro lo veo:
¡tiene razón el pobre Galileo!

JOSÉ ESTREMERÁ.

MI PLANCHADORA Y YO

—Muy buenas tardes, don Juan.
—¡Ya era hora!
—Bien lo sé.
Aquí planchadas están
las camisolas de usted.
—Por tu retraso y tu incuria
me has fastidiado.
—¡Perdón!
¡Es que tengo una penuria
que me parte el corazón!
—¿Penuria? Peña, dirás.
—Es igual.
—¿Qué te ha pasado?
—Pues nada, que á mi Colás
han ido y le han reservado.
—No entiendo; mas no me choca
que uno al hablarte se chifle
—Quiero decir que le toca
marcharse también al *Rifle*.
Pero el caso es que es torero
y ha matao como Dios manda
en Pinto, Navalcarnero,
Getafe, Meco y Arganda,
y como bien sabe Dios
y hasta un chiquillo de teta
que por debajo de un ros
no hace bien una coleta,
cuando comience á servir
se la tendrá que cortar,
y esto me va á hacer sufrir,
no lo podré remediar!
Pienso en él estando á solas,

y lloro tanto á mis anchas,
que arrugo las camisolas
y se me rompen las planchas.
Si conforme el pobre va
con fusil y bayoneta
le dejasen ir allá
con la espada y la muleta,
recibiendo mataría
más infieles que un cañón.
¡Y poco que gozaría
descabellando á un santón!
No ha de temer la bravura
de esa chusma *habilosá*
quien mata toros de Miura...
así, como si tal cosa.
Pero en la reserva ha entrao
y va á darme que sentir
si se hace tan reservao
que no me vuelve á escribir.
Sobre todo, ende que sé
que se la corta y se va
no vivo. ¡Le juro á usted
que me tiene traspasá!
¡Mire usted que irse á Melilla
dejándome de este modo!...
—No tengas miedo, chiquilla,
que ya se arreglará todo.
En fin, llora lo que quieras,
pero con moderación,
que si mojas las pecheras
se les quita el almidón.

JUAN PÉREZ ZÚNIGA.

LA BAYONETA

—Que son varias las clases de valor que tienen ó tenemos los
hombres—explicaba un matador de toros honorario, que no mata,
ni en defensa propia, á un novillo de bien.
—Yo, es un ejemplo—añadía,—soy *reservón* y caviloso para arran-
carme, porque se me antoja, supongamos, que no me sienta bien la
taleguina ó que está *taquéya* con un marqués forastero, en delan-
tera de grada; por fin, ilusiones fantásticas.
—Pues, su *mijita e jinda*—observó un amigo ocular del *diestro*,
según él mismo.
—A la contra—continuaba el matador nominal,—deme usted una
escopeta buena y écheme usted pájaros y conejos y lobos y «tirgues»
africanos ó de otro planeta; que lo mismo mato á un «gurrion» que
á un tenor de ópera «dificultosa».
Hay diversidad de clases y de especialidades en el valor.
Trataba yo á un señor, jefe de negociado en una oficina del Es-
tado, que lo mismo devoraba el mango de una pluma que incrusta-
ba una salvadera en la cabeza de algún escribiente su subordinado.
Era un hombre feroz, cuando se indignaba.
Y casi siempre llevaba la cara ilustrada con jeroglíficos y ara-
bescos, obra de su esposa, que era una especialidad en uñas.
El rifeño es animal feroz, temerario.
Para él las armas son juguetes que maneja como los niños los ju-
guetes.
Por un fusil daría parte de su familia, reservándose la otra parte
para comprar pólvra.
Y no es por falta de cariño á los suyos: mujeres, niños y demás
cabezas de ganado acompañan siempre al padre amoroso, excepto
en los momentos de pelear.
Oyen los silbidos de las balas como varios autores cómicos y em-
presarios los silbidos del público.
Indiferentes.
«El que oye silbar una bala está libre de ella.»
«La que mata no se oye.»
Esta observación no es de Mahoma, ó el ordinario de la Meca,

porque el profeta del paraíso con camareras no solamente no des-
cubrió la pólvra, sino que ni siquiera la conoció.

Para el rifeño los silbidos de las balas son lo que la «pastorela»
de Beethoven—que dijo un crítico—para los cristianos.

Música sublime.

Les inspira sentimientos é ideas «dulces» de matanza y exter-
minio.

¡Raza virginal y sensible!

En oyendo disparos de arma de fuego, se reaniman aquellos es-
píritus poéticos y cándidos... de tal.

Se electrizan y saltan y aúllan, como fieras que olfatean la carne.

¡Animalitos!

Raza de artistas y poetas y agricultores y caballeros, en sentir de
varios autores:

¡Caballeros almohadés y almoravides!

La artillería es el ruido que más molesta á los rifeños, como
ruido.

Pero no les asusta.

Huyen de los proyectiles como las personas no moras, porque á
nadie le gusta que le caiga una granada encima, ni siquiera en los
alrededores.

Por lo demás, no les intimidan los proyectiles.

Ya saben lo que tienen dentro y no despiertan su curiosidad.

En cambio, no pueden ver las bayonetas sin estremecerse.

Sin duda porque pinchan.

Lo mismo que sucede á los idólatras y á nosotros y á los *cuáqueros*.

Para el moro no hay arma tan terrible como la bayoneta.

La mira con terror infantil.

La bayoneta procede de Bayona, como los chalecos de abrigo, en
opinión de un chico literato, digámoslo así, aun cuando mejor sería
«un literato chico» en la lactancia académica.

Cuando los españoles pelearon con los moros en 1859, unos cuan-
tos renegados llevaron al campo infiel fusiles con bayoneta.

Aquellas bayonetas están en poder de una kabila, que las con-
serva y aún las usa, á las veces.

Las restantes kabilas colindantes miran á los de la bayoneta
como á seres superiores.

A los del «país de *chafala*,» como ellos denominan á la kabila ci-
tada y á la bayoneta, respectivamente.

Hay pocos países tan aficionados y propensos á la lucha cuerpo
á cuerpo.

Los rusos, los franceses y nosotros.

Nuestros soldados son profesores en el arma.

Durante la pasada guerra de Africa se excedieron á sí mismos.

Cazadores, voluntarios catalanes y tercios vascongados hicieron
primores en respunteado á bayoneta.

Resultaron sinnúmero de moros á la bayoneta.

El bravo general Prim era entusiasta del arma.

Los soldados titularon al paso de ataque «la polka del general.»

Así me decía ayer un general veterano:

—Hace falta en Africa «mucho polka, mucha polka.»

EDUARDO DE PALACIO.

LA TIERRA Y EL DIABLO

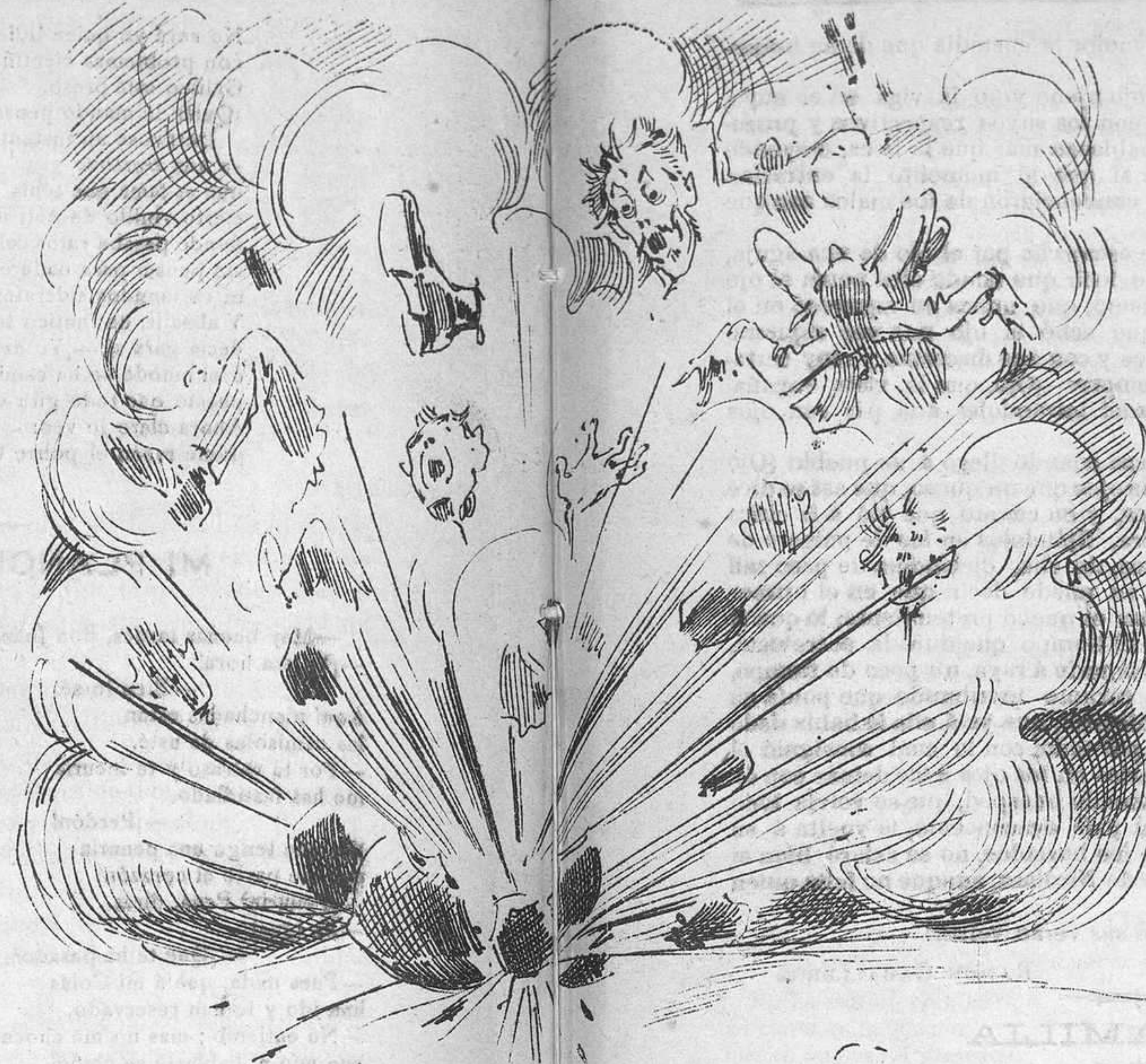
I
Dijo Dios á Luzbel:—¡En vano luchas!
¡No vencerás! La inmensidad es mía
y en perennal gravitación los mundos
acatan mi poder, que les dió vida.
¿Quién osará contra mis armas? Nadie:
mi grandeza es eterna, es infinita,
y no hay átomo en todo lo creado
que su tributo á mi poder no rinda.
El espacio sin límites, gobierna
mi generosa voluntad divina,
y una palabra de mis labios basta
para que el universo muera ó viva.

II
Dijo Luzbel á Dios:—Tus argumentos
no lograrán que de luchar desista.
Es cierto; todo lo creado es tuyo...
Pero la tierra, miserable hormiga
que tú ni puedes ver (tan poco vale!)
siente por mí cariño y simpatía.
¡Si contigo no es digna de entenderse,
conmigo sí, pues como yo es indigna!
¡Si es tan pequeña que á tu vista escapa,
es tan vil que se entrega á mis caricias!...
¡Es insignificante, y tú infinito!...
Déjala, pues: desprecia y olvídala,
y no recuerdes ni una vez siquiera
que hay en el universo esa inmundicia...
Se acabó el perejil, todo es cicuta,
y ya el mundo se rinde á mis intrigas;
su ciencia es el error, su luz la sombra,
yo su amante, sus leyes la injusticia,
su objeto el mal, su religión el odio...
¡Religión del amor! ¡eres mental!
¡La maldad de los hombres es tan grande
que ni un Dios es capaz de reprimir!

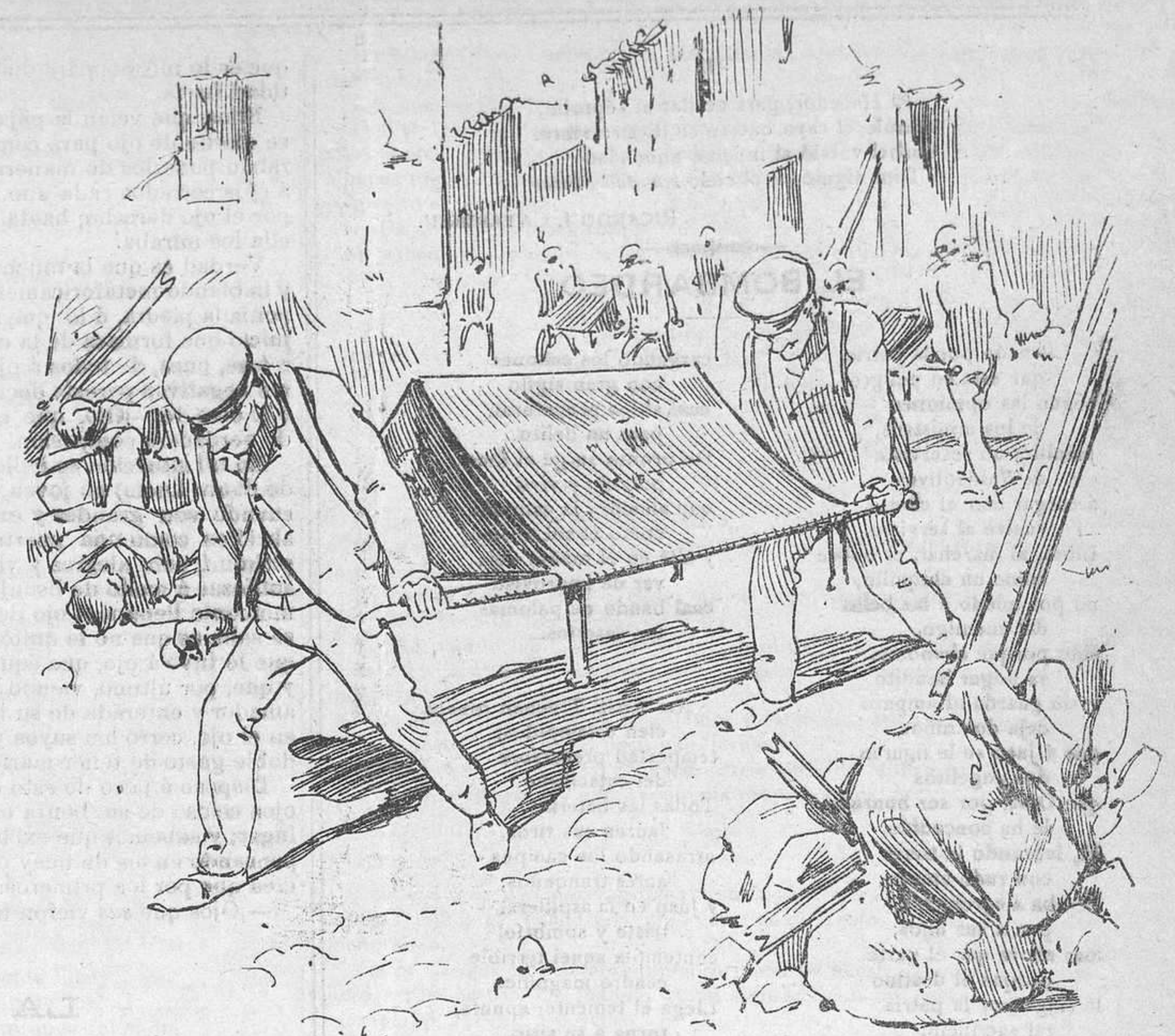
LO DE SIEMPRE



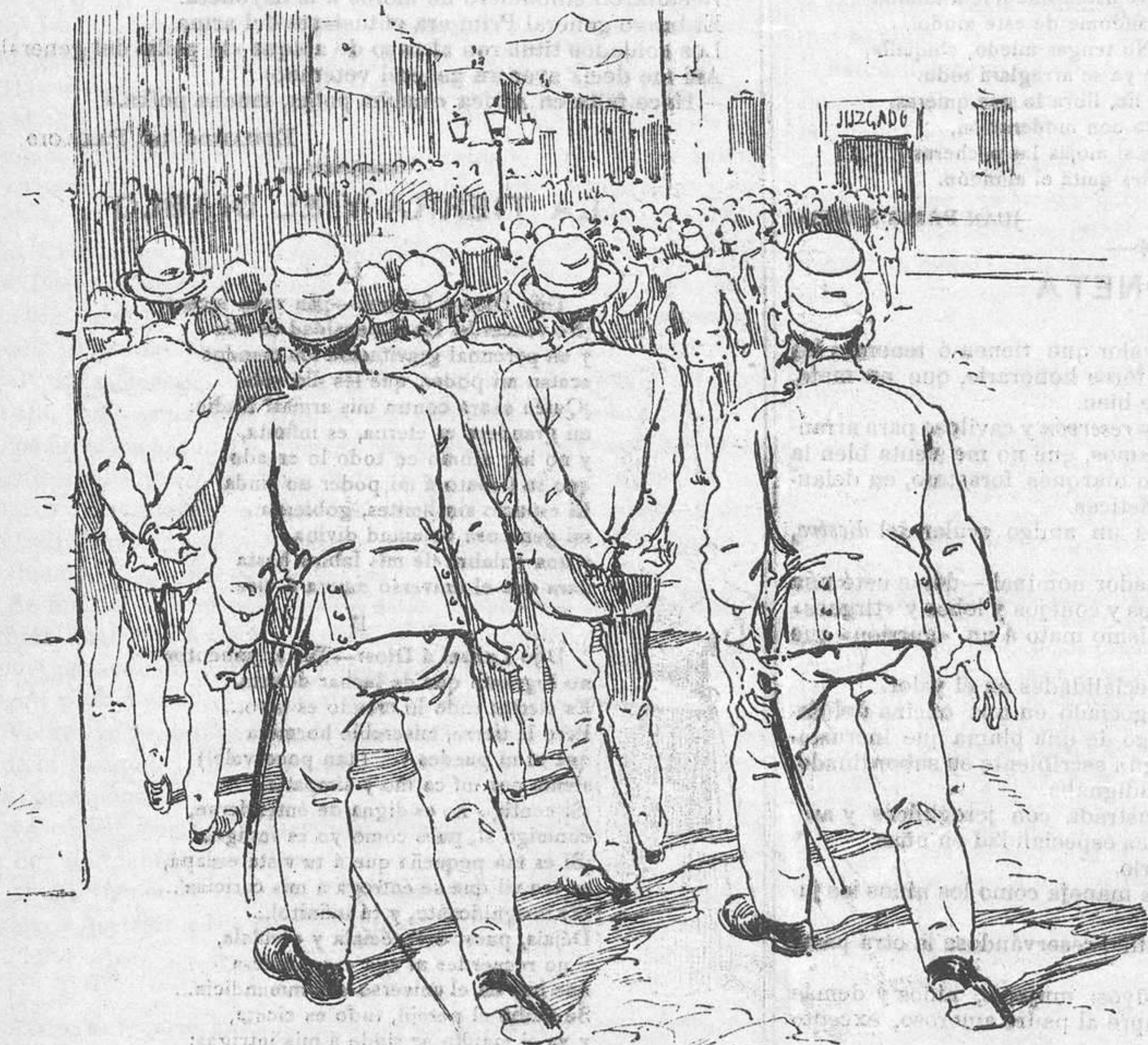
La policía, cumple su deber... cruzándose de brazos.



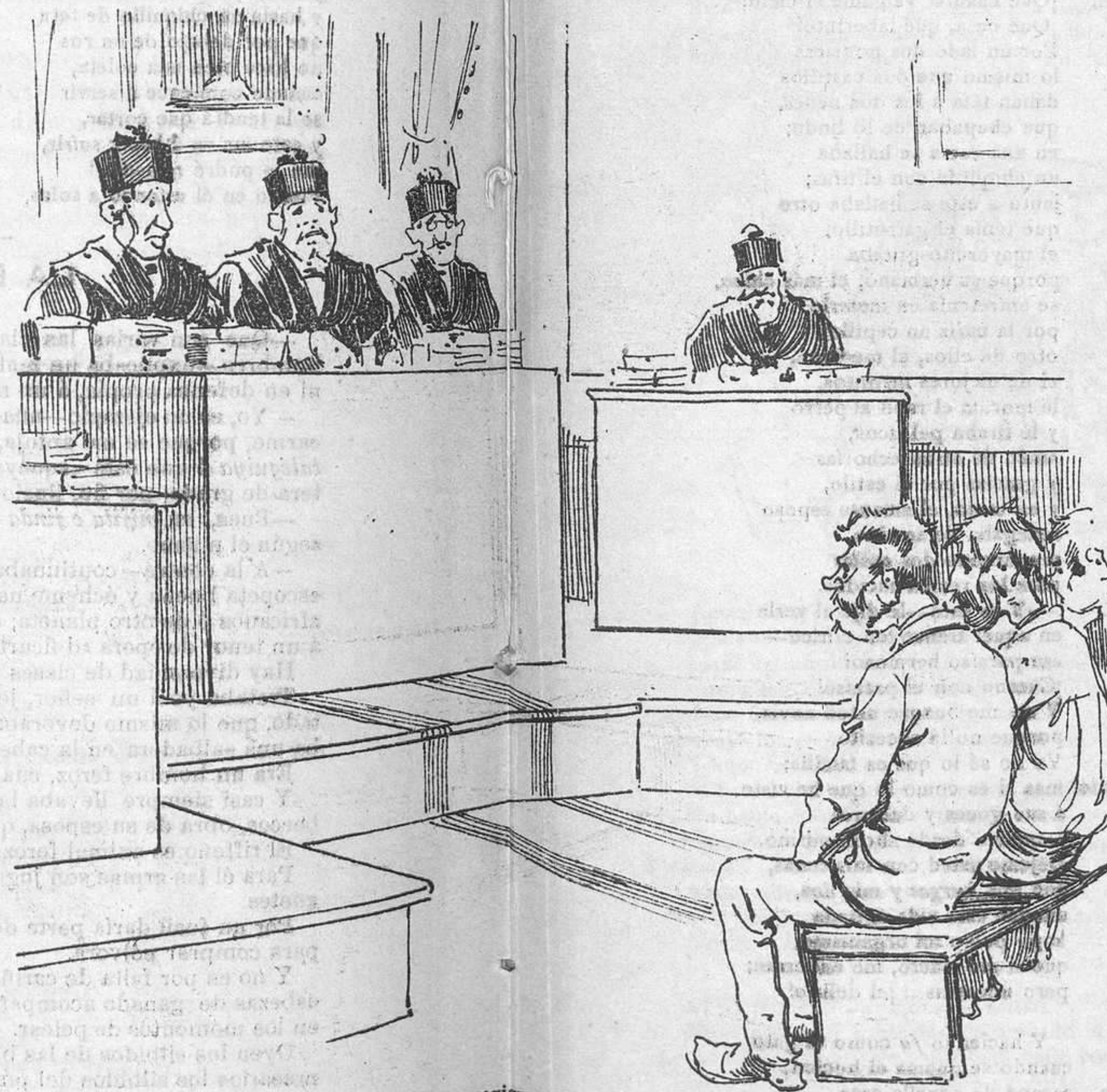
Pero estalla una bomba de dinamita en cualquier parte.



Sembrando el luto en una población y produciendo escenas desgarradoras.



Y entonces se empieza a prender gente sospechosa a tontas y a locas, a diestro y siniestro.



Luego se averigua que todos los detenidos son unos benditos de Dios que en su vida han hecho mal a nadie.



Y hasta otra.

III

El Hacedor, para acallar al réprobo,
lanzóle el rayo que en su diestra vibra:
Luzbel volvió al infierno anonadado
y Dios siguió en el cielo echando chispas.

RICARDO J. CATARINEU.

EL BOMBARDEO

Llamado por la patria,
que está en peligro,
según las opiniones
de los ministros,
Juanillo, un reservista
de Valdeolivos,
á cargar con el chopo
vuelve al servicio.
Llora, al marchar, el pobre
como un chiquillo,
no por miedo á las balas
del enemigo,
sino porque abandona
su hogar bendito
y sin guarda ni amparo
deja dos niños
que á Juan se le figuran
dos angelitos
que Dios, por ser honrado,
le ha concedido.
Él, labrando la tierra
con rudo ahinco,
llevaba alegremente
pan á sus hijos;
mas ahora que él parte
porque el destino
le exige por la patria
tal sacrificio,
¿qué hará la pobre madre
con sus chiquillos?
¿Qué va á ser de las prendas
de su cariño?
¿Por eso el reservista
de Valdeolivos
va á la guerra llorando
como un doctrinol

Todo calla en el campo;
no se oye un grito
ni un eco en los abruptos
montes vecinos.
Duermen sobre las armas
los enemigos;
las sombras apagaron
todos los ruidos
y, al parecer, la noche
trajo consigo,
si no la paz, la tregua
del exterminio.
Pero tras de los muros,
alerta y listos,
se agrupan los soldados,
mudos, sombríos,

cargando los cañones
con gran sigilo
cual si los prepararan
para un delito.
De pronto surge el foco
potente y vivo
que alumbra la campiña
como el sol mismo,
y allá en el monte deja
ver de improviso
cual bando de palomas
los caseríos...

¡La señal! Truenan roncros
cien estampidos;
tempestad precursora
del cataclismo.

Todas las baterías
lanzan sus tiros,
arrasando los campos
antes tranquilos,
y Juan en la aspillera,
triste y sombrío,
contempla aquel terrible
coadro magnífico
Llega el teniente, apunta,
torna á su sitio,
y dice «¡fuego!» en tono
severo y vivo.

Pero Juan no se mueve,
sigue abstraído,
y en las casitas blancas
los ojos fijos.

—¿Qué piensas, alcornoque?
¡Dispara, he dicho!
—Mi teniente, pensaba
que allá, escondidos
detrás de las paredes
del caserío.

hay niños inocentes
como angelitos
que en brazos de sus madres
duermen tranquilos.

—¿Qué pamplinas son ésas?
¡Son enemigos!
—Sí, señor, mi teniente,
¡pero son niños!

¡Y yo á Dios pediría
cruel castigo
para el que echara bombas
sobre los míos!

SINESIO DELGADO.

¡TODO OJOS!

Apenas cerró el ojo el señor de Jiménez, cuando Nicolasa, que no veía más que por los de dicho señor, convirtió los suyos en fuentes, arroyos y mares para llorar tan dolorosa pérdida.

El señor de Jiménez era para Nicolasa el ojo de la Providencia, y ella, á su vez, el ojito derecho del señor Jiménez, pues desde que éste la echó el suyo encima la vino mirando con muy buenos ojos, sin quitarla ojo en todo cuanto hacía, ni aun la imaginación de cuanto pensaba.

Las gentes empezaron á decir, á ojo por supuesto, que el difunto dejaba muy buenos y muy abundantes ojos de buey (duros en plata), no faltando alguno más atrevido que á ojo de buen cubero asegurara que pasaban de cinco mil, por lo cual la malicia de muchos que parece que no tienen ojos en la cara, que tienen ojos y no ven ó que los tienen de adorno, dedujo que Nicolasa sólo lloraría la muerte de su dueño y señor con un solo ojo; pero no le tuvieron muy bueno los que tal pensaron, porque la muchacha lloró bien á lágrima viva su desventura, teniendo los ojos constantemente arrasados en llanto.

Tomáronla ojeriza á poco de esto algunos mal pensados, que en cuanto la veían les hacían los ojos chiribitas á la primera ojeada, y que más pronto ó más tarde pusieron el ojo inútilmente en su ciega hermosura, porque la chica, que andaba siempre ojo avizor y alerta por ser de las que duermen con un solo ojo, les contestaba siempre, con la gracia que en ella era peculiar, aquello de:—¡Ojo al gallo que es de plata! mirándoles á la vez de reojo ó con el rabillo del ojo,

que es lo mismo, para disimular mejor la custodia que de su honestidad hacía.

Ellos, que veían la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo, se dieron de ojo para comérsela con los suyos respectivos y procuraban ponerlos de manera que hablasen más que la boca, creyendo á ojos cerrados cada uno de por sí que al momento la entrarían por el ojo derecho, hasta que se convencieron de los malos con que ella los miraba.

Verdad es que la muchacha se escapaba por el ojo de una aguja, y hablando metafóricamente cabe decir que donde ella ponía el ojo ponía la piedra, ó lo que á lo mismo, que nunca se equivocó en el juicio que formara de la cosa á que echó el ojo una vez siquiera, refase, pues, de todos á ojos vistos y con sus discretas y muy ciertas negativas parecía decirles siempre: ¡Ojo, que la vista engaña! ó lo otro de:—¡Ojo, que asan carne! mirándoles á la par con ojos de verdadera compasión.

En tal situación se halló Nicolasa cuando llegó á su pueblo (Ojo de Santa Lucía) un joven con más ojos que un queso, que así se dice cuando son grandes y expresivos, y en cuanto que vió á la chica abriólos como una puerta cochera, fijándolos en los de pulga ó de pitiminí, pero alegres y vivarachos, de ella, diciéndola de paso mil sutilezas á modo de lisonjas. No se puede decir que en el primer momento llenara el ojo de Nicolasa el nuevo pretendiente; lo que sí se sabe es que no le quitó ojo en el tiempo que duró la entrevista, que le tuvo á ojo, que equivale á tenerle á raya, un poco de tiempo, y que, por último, viendo los de carnero moribundo que ponía su amador y enterada de su buena historia, que ya á ella le había dado en el ojo, cerró los suyos y pasó por todo; con lo cual consiguió el doble gusto de tener marido y darles en los ojos á los demás con él.

Dispuso á poco de esto el afortunado huésped, que se volvía todo ojos celoso de su honra en aquel país desconocido, la vuelta á su lugar; y sabemos que exclamaron los burlados, no se aclaró bien si pensando en los de buey ó en los de Nicolasa, aunque no falta quien crea que por los primeros:

—¡Ojos que sus vieron ir, ya no sus verán volver!

RAMÓN CABALLERO.

LA FAMILIA

—Cátese usted sin demora,—
me decía don Camilo,
un señor muy campechano
y un esposo excelentísimo;—
porque el que vive soltero
está al borde del abismo,
y aunque sea un hombre honrado,
sin querer adquiere vicios
que consumen su energía
y destruyen su organismo,
ya de suyo un poco enclenque
por las costumbres del siglo.
Si siguieran mis consejos
más de cuatro señoritos,
¡le juro á usted, por mi nombre,
que se acababan los tísicos!
Basta de cenizas en Fornos;
basta de juergas y líos
y de paseos nocturnos,
porque son peligrosísimos.
Cátese usted en seguida
y conságrese al cocido,
que es alimento barato,
saludable y nutritivo.

¡Verá usted cómo en dos días
se pone usted hecho un botijo!
Además, todo soltero
pasa la vida aburrido,
porque siente la nostalgia
de la mujer y los hijos,
los dos únicos afectos
verdaderos, positivos...
Si quiere usted convencerse
de que es cierto lo que digo,
véngase usted á mi casa,
que aquello es un paraíso.
Conque ¡á casarse, Manolo!
—Pero, hombre, ¿está usted en su juicio?
—Voy á darle á usted una prueba
de verdadero cariño.
Yo le caso á usted en tres días;
¡ya verá usted si soy listo!
Yo le busco á usted la novia,
me declaro por escrito,
voy á pedirle á los padres,
hago los preparativos,
se celebra el matrimonio
con todos los requisitos...
—¿Y qué más?

—¡Lo demás queda
de cuenta de usted, querido!

Hará tres ó cuatro días
fui a casa de don Camilo,
el cual en aquel momento
estaba hecho un basilisco,
porque su esposa le había
regalado dos mellizos.
¡Qué cuadro, vágame el cielo!
¡Qué casa, qué laberinto!
Por un lado dos nodrizas
lo mismo que dos castillos
daban teta a los dos nenes,
que chapaban de lo lindo;
en una cama se hallaba
un chiquitín con el tifus;
junto a éste se hallaba otro
que tenía el garrotillo;
el mayorcito gritaba
porque su hermano, el más chico,
se entretenía en meterle
por la nariz un cepillo;
otro de ellos, el mediano,
el de mejores instintos,
le morcía el rabo al perro
y le tiraba pelizcos,
amén de otras fechorías
y gracias por el estilo,
y en tanto, el amante esposo
renegaba de su sino
preparando dos calitas
para los recién nacidos.
—¡Y es éste—le dije al verle
en aquel trance tan crítico—
ese paraíso hermoso?
¡Cuerno con el paraíso!
Y no me busque usted novia,
porque no la necesito.
Yo no sé lo que es familia;
mas si es como lo que he visto,
á sus goces y dulzuras
renuncio desde ahora mismo.
Déjeme usted con mis cenizas,
con mis juergas y mis líos,
aunque esta vida agitada
hago polvo mi organismo,
que si me muero, me entierran;
pero mientras... ¡el delirio!

Y haciendo fu como el gato
cuando se quema el hocico,
escapé de aquella casa
veloz como el ciervo herido.

MANUEL SORIANO.

RIPIOS

Soy amante de Clara.
¡Cuántos ripios me cuesta aquella cara!

¡Pedirme que la diera
un beso Encarnación! ¡Habría descoco?
¡Verdad es que hace poco
la di muchos sin que ella los pidiera!

Al principio creí que me quería
y tuve por Engracia idolatría.
Luego me pareció que me engañaba
y al fin la abandoné... ¡cuando empezaba
á convencerme de que no mentía.

Buscando esposa Blas, se desespera,
¡y al fin escogerá la de cualquiera!

Mira si seré necio
que alimento mi amor con tu desprecio.

¡Que te vendrás conmigo adonde quiera?
No me lo digas más, prenda adorada.
Si eso haces de soltera,
¡qué no harías, mi bien, cuando te diera
más libertad la vida de casada?

¡Que me case contigo, Rosalía?
Y mi mujer entonces, ¡qué diría?

FEDERICO CANALEJAS.

COSAS DE ELLAS

No ha mireho, con ocasión
de cierta culta función
que en mi pueblo presencié,
dije en un suelto lo que
veráse á continuación:
«Luciendo airoosas sus galas
vendían dulces y flores
la encantadora Inés Alas,
la linda Clotilde Salas
y su primita Dolores.
Siendo del pobre en favor,
cómo en la fiesta no estar
la bondadosa Leonor,

la distinguida Pilar
y la simpática Flor?...»
Y así, piropos soltando,
y á unas ingenuas llamando
y á otras frescas y bonitas,
fuí una por una citando
á todas las señoritas...
¡Lo agradecieron?... Aquellas
á quien llamé lindas, bellas,
hermosas, guapas... ¡la mar!
Las que llamé bondadosas,
simpáticas, virtuosas...
¡no me han vuelto á saludar!

JULIO RÓMERO GARMENDIA.



Antes de ayer salieron, como de costumbre, unos cuantos centenares de chicos voceando por esas calles:

—¡El extraordinario de *La Correspondencia*!
Como este distinguido colega nuestro tiene fama, justamente adquirida, de bien informado, sobre todo en los asuntos de la guerra, el público arrebató los ejemplares de manos de los vendedores.

Y aquí entra lo bueno.
Allí no había tal extraordinario, ni tal *Correspondencia*, ni tales noticias.
No había más que una cuartilla de papel malo, que se titulaba *La Correspondencia de la Guerra*, y que no decía nada de particular absolutamente.

Ahora que me diga el señor gobernador si se debe consentir eso.
Y si me dice que sí, me marchó al Brasil inmediatamente.
¡Prefiero á Peixoto!

Se ha recibido otra nota del sultán.
Sigue haciendo protestas de amistad á España y viene á decir sobre poco más ó menos que... puede el baile continuar.
Esto de la guerra va picando en notas.
Y se va á dejar en mantillas á la Biblia del P. Scio.

Ha estallado otro petardo en Marsella, sin consecuencias graves afortunadamente.

Los anarquistas están perdiendo el tiempo.
Debían anar todos esos esfuerzos, cavar con fe durante unos cuantos años y abrir un agujero hasta el centro de la tierra. Allí podrían colocar algunas toneladas de dinamita, y en un momento determinado ¡pum! dar un golpecito al fulminante.

Así acabábamos más pronto.
Y sobre que las autoridades no habían de impedirselo...

No pude entrar en el baile
porque no llevaba frac.
¡Cuántos de los que allí había
le deberían quizás!

CRISTINO VEGA.

Dígame usted, señor alcalde primero:
¿Es que una de las economías adoptadas por el ayuntamiento ha sido la de no limpiar las calles?

Porque ha llovido mucho, como usted sabrá perfectamente, y no hay quien nos libre de los efectos de la lluvia.

El año pasado, en tales circunstancias, salían unas cuantas brigadas que quitaban el barro por distintos procedimientos, y á las pocas horas quedaba Madrid como una patena.

Pero ahora, ¡que si quieres! estamos y estaremos todo el invierno con el lodo hasta las orejas, al paso que llevamos.

Ni más ni menos que en Amusco, patria de Sidi Mohamed Torres, según datos fidedignos, y mía, según mis propios datos...

Libros:

¿Por qué se llora al nacer?, poema dramático en verso, original de D. Rogelio Triviño, estrenado con gran éxito en el Teatro Espronceda de Almdralejo.

Mosén Quitoñs, novela aragonesa, original de nuestro reputado compañero en la prensa D. Joaquín Adán Berned, con un prólogo de Luis Mazzantini. Precio: 2 pesetas.

¡Españoles, á Melilla!, apropósito cómico lírico en un acto, original de los Sres. D. Estanislao de Asensi y D. José Lambert, estrenado con éxito extraordinario en el Circo Español de Barcelona.

Niños y pájaros, colección de lindísimos cuentos y artículos de D. Alfonso Pérez Nieva, cuya justa fama de estilista nos releva de todo elogio.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. P. A.—España, en las circunstancias actuales, necesitará soldados, cartuchos, dinero, todo menos sonetos *ansivos*.

Sr. D. M. S.—Los diálogos chulescos, si no tienen mucho carácter y mucha gracia, resultan pesadicos y fastidiosos *per se*.

Uno que salió ileso.—Sí; están en turno, si no me equivoco, y por consiguiente tardarán poco en publicarse.

Frescuras.—Hombre, no sea usted tan guasón y tan continuamente. Tanta broma sosa es capaz de aburrir al verbo divino.

Un loco.—¡Cuán medianamente versificadas están esas doloras! ¡Bien lo sabe Dios!

Sr. D. J. R.—Los piropos que no tienen *dentro* nada más que piropos, no sirven más que para la interesada.

Que, eso sí, puede agradecerlos muchísimo.

Sr. D. V. de A.—Muy vulgar el chiste, dado que lo fuera de veras.

Dos petrolistas.—Titulan ustedes la composición ¡*Picaro biejo!* así, con b y todo. De manera que no se puede, ni se debe, ni se quiere seguir adelante.

Sr. D. L. R.—Mire usted, el verso

«que la roseta graciosa que tú tienes»

es más largo que la diplomacia de Muley Hassan.

Solo.—No puedo aprovechar ninguna cosita.

Modesto.—Pero mediano además, que es lo más lastimoso. ¡Con decir que entre tantas cuartillas no sirve, lo que se llama servir, ni siquiera una!

Trenza.—Aunque usted se incomode,

señor de *Trenza*,

ya sé lo que usted tiene:

¡poca vergüenza!

Sr. D. G. A.—¡Ay, ay, ay, qué malito me parece el romance!

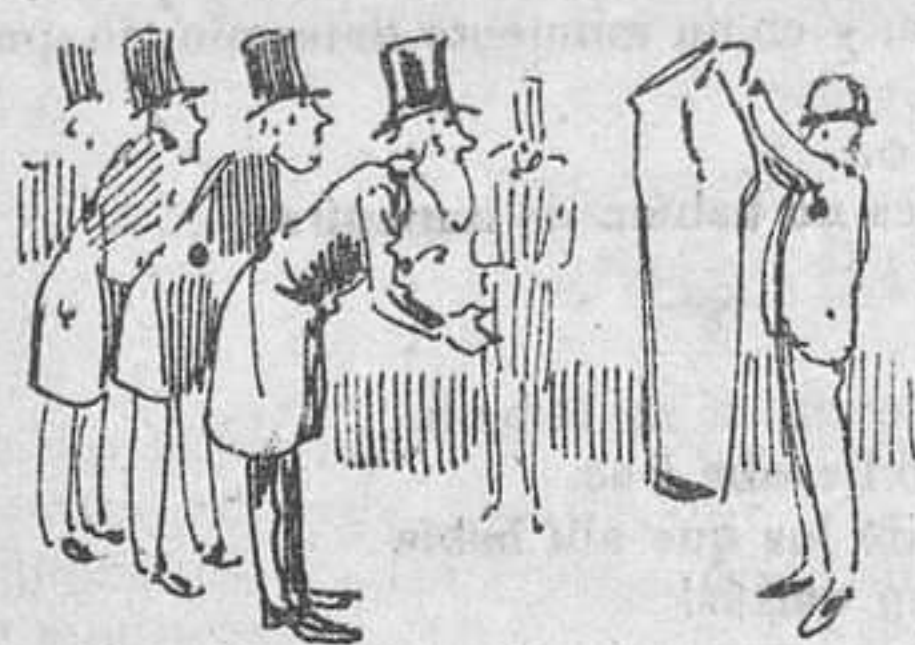
P. de P.—Casi tan malo como todo eso. ¡Ah! Ahora que me acuerdo, *amaviidad* no se escribe así; se escribe con b.

Sr. D. M. Z.—El chiste es un poquito viejo. Y ¡quién se llama de apellido *Lidien* en este mundo? ¡El ripio es de primera clase!

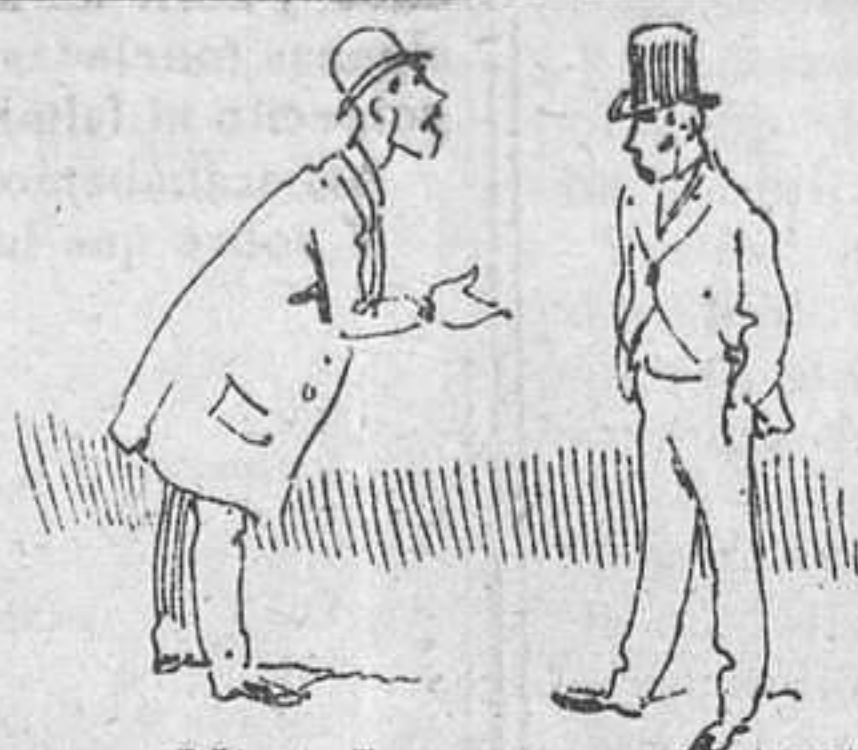
Sr. D. M. P.—Supongo que lo habrá usted hecho en broma, porque en serio no hay quien lo haga peor, en mi humilde juicio.

Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández,
Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

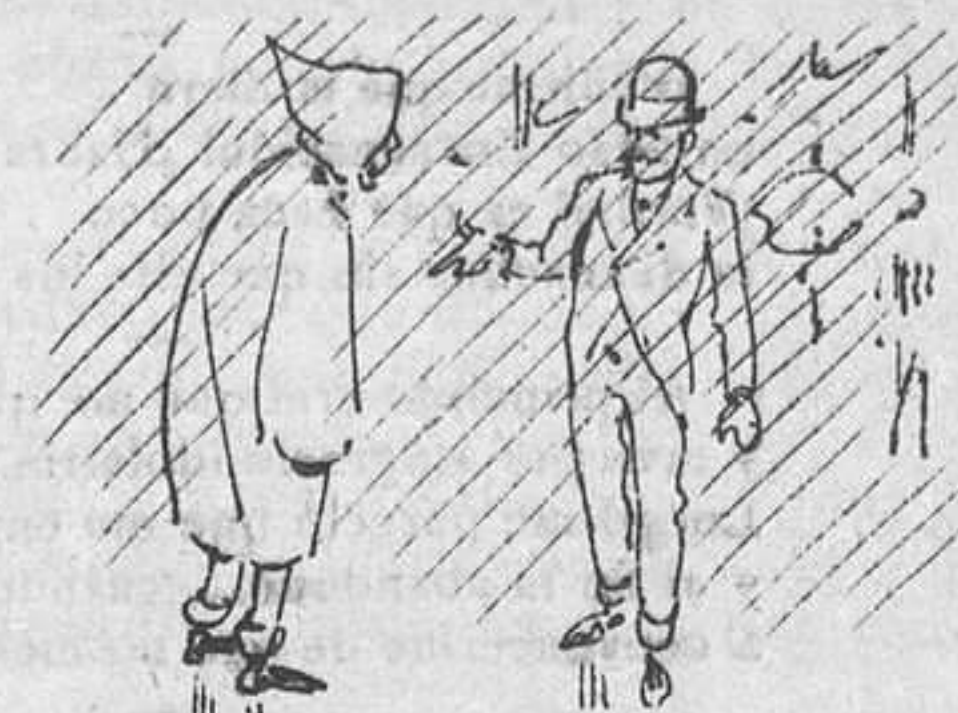
ANUNCIOS



Dicen muy doctos varones que un pantalón de *Pesquera* vale por diez pantalones de otros sastres cualesquiera.
Magdalena, 20.



—Mira, Juan, no seas tonto; encarga, si tienes prisa, á *Martínez* la camisa y te la hará bien y pronto.
San Sebastián, 2.



—¡Vive Cristo, qué aguacero!
—Ya ha perdido usted un sombrero.
—Pues se ha llevado usted chasco, que es de *García Carrasco*.
Carretas, 26.



Si llegaran á beber los moros de la montaña *Cognac fino de Moguer...* ser mocho amigos de España.
Guinea, Carretas, 27. Depósito de vinos, Arenal, 2.



—¿Hay habitantes en el planeta Marte?
—Sí señor, estoy seguro.
—¿Y están muy adelantados en civilización?
—Mucho más que nosotros. Figúrese usted que usan baldosas especiales en cuadras, aceras, terrazas y patios, mosaicos hidráulicos en los pavimentos, florones y artesonados en los techos, y objetos de arte de cerámica, mayólica y barro para el decorado de las habitaciones, todo ello procedente de la casa *Escofet, Fortuny y Compañía*. Alcalá, 18 (Equitativa).
—¿Y cómo se ha sabido eso?
—¡Por la refracción de la luz!



—¿Tú por aquí tan temprano?
—Vengo á darte una sorpresa.
—¿Cuál?
Para vinos de mesa. la bodega de *Medrano*.
Plaza de Matute, 9.



Capaz es Juan el alférez de echar abajo una encina con su dentadura inamovible de *Tirso Pérez*.
Mayor, 59.



Contra escoriaciones, barros, pecas, granitos y grietas, *Coldcream virginal!* (Hay tarros á peseta y dos pesetas.)
Farmacia de Torres Muñoz.
San Marcos, 11.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



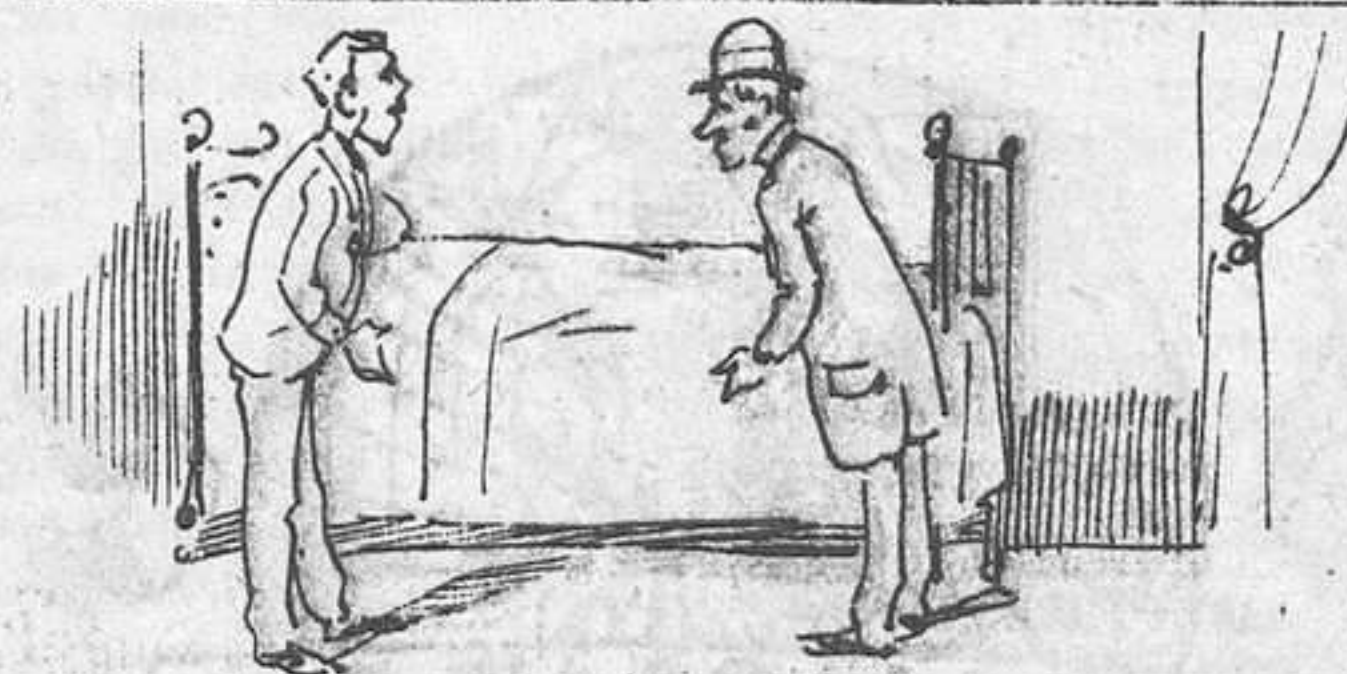
JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DÉPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID



A todo el que atrevido casarse quiera en otoño, en invierno ó en primavera, en vez de disuadirle y hablarle nada, regaladle una hermosa cama camera del Bazar de la Plaza de la Cebada, número 1.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO